

Número suelto, 10 céntimos.

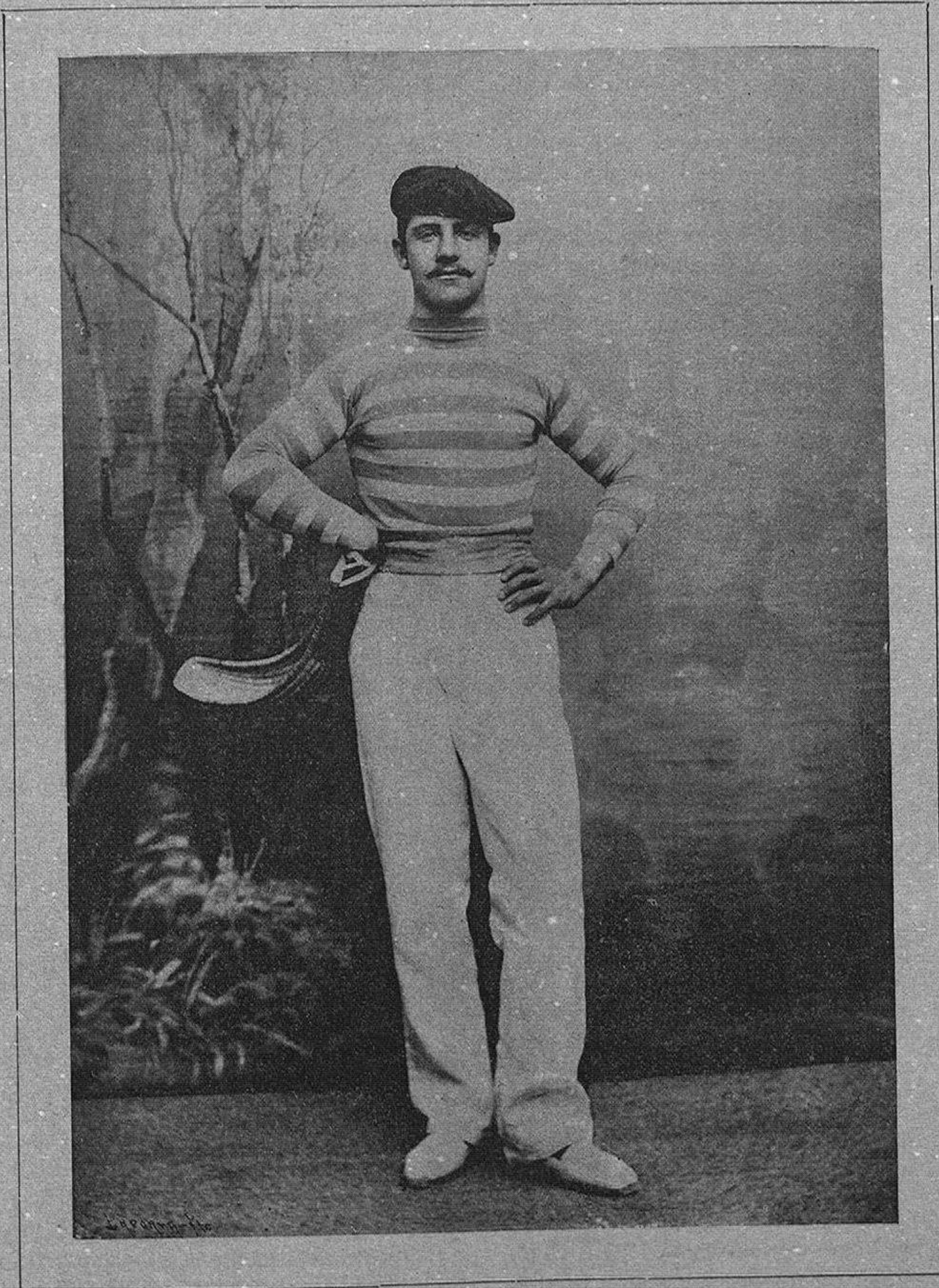


Director, B. MARIANO ANDRADE.

Año I.

Madrid, 14 de Diciembre de 1893.

Número 11.



LUIS SAMPERIO.

NUESTRO RETRATO.

Luis Samperio.

—Déjeme usted ancho campo—le dije días pasados al Director de EL PELOTARI, cuando me avisó que en este número salía el retrato de Luis;—déjeme usted ancho campo, porque quisiera decir mucho de él. Mucho.... y bueno, perdónese la inmodestia, pues no creo que haya pluma en el mundo, por pecadora que sea, capaz de echar por los suelos la poesía de la vida de Samperio.

No ha podido ser: las exigencias de la composición del número me obligan á ceñirme desesperadamente.

Los libros se quedaron allá, en el estante, cubiertos de polvo: requirió la cesta, la acarició con caricias de artista, y salió por esos mundos diciendo:

—¡Cuánta gloria!

Y su cuerpo esbelto y fino se estremecía de entusiasmo: y su corazón latía con violencia ante las vagas aventuras de aquella escapatoria á espaldas de sus padres. Elicegui fué su padrino en su bautismo pelotístico: bautismo de hombre, no de niño.

De un salto se puso á la cabeza de los zagueros, y ya allí, hizo una raya y dijo: «De aquí no pase ninguno.»

Y nadie ha pasado.... ¿Habrà quien rebase la línea? Difícil lo veo.

A brazo podrán ganarle; quizá haya quien le supere en látigo; pero el que se proponga eclipsar aquel revés, quinta esencia de lo elegante; aquella bolea de sobrebrazo; aquella *derecha* clásica, que se tiente antes la ropa. Añadan ustedes á esto, como algo que en todos sus recursos transcendía, una majestad aristocrática, un *cluc* especial en el presentarse en la plaza, un natural abandono sin vislumbres de grosera dejadez, y un punto de femenil refinamiento en su juego; y échense á pensar qué cúmulo de perfecciones requerirá un zaguer para colocarse á la altura de Samperio.

No puedo renunciar, llegado á este punto, á dedicar un breve recuerdo al delantero que en su juego repre-

sentó, en cierto modo, lo que Luis en el suyo. Beloqui y Samperio han formado *para mí* la pareja ideal.

El juego de ambos era de inteligencia. La cabeza dirigía y concertaba los planes, el brazo los ejecutaba; de aquí que se desarrollaran en la plaza gallardamente, sin que en un solo instante, ni aun en los escorzos más violentos, las líneas de sus cuerpos perdieran elegancia.

Y así, sin quererlo casi, he retratado ya al *hombre*. Caballeroso, de trato distinguido, afable, buen hijo y buen patriota; todas estas cualidades adornan á Samperio.

Quien haya leído la biografía de este pelotari, hecha por Peña y Goñi, donde el lector curioso podrá hallar mil delicadas notas que no cabe reproducir aquí, podrá saborear un pasaje, que pone de relieve el amor de Samperio á su pueblo.

Nunca se olvidó de que en Rentería había una banda de música, una charanga, de la que en sus primeros años fué director; y á la vuelta de Buenos Aires, quiso honrar á su pueblo tornando á ocupar su antiguo puesto; no se olvidó tampoco de que en tiempos pasados bailara el tradicional *aurresku* en la plaza pública, y junto con Tabuyo, tan gran patriota como artista, dirigió la danza.

Hace algún tiempo que Samperio está retirado de las canchas. La labor ruda del zaguer ha debilitado el brazo que tantos partidos ganara; el que junto con Elicegui consiguió vencer en titánica lucha á los tres mejores jugadores que pisaran canchas en aquellos tiempos.

Hoy sigue asiduamente el curso del pelotarismo; asiste á los partidos con su amigo Beloqui, y es seguro que al sentirse imposibilitado para la lucha que tanto *produce*, no se le ocurrirá exclamar otra cosa que esta frase:

—¡Cuánta gloria!

V. DE CELAYA.

PELOTARISMO MODERNO.

VI.

El público de los frontones.—La supresión de las traviesas.—Opiniones erróneas.—La cátedra.
Los usureros.—Los que no apuestan.—El porvenir.—Longevidades.

En dos clases ó grupos generales puede dividirse el público que asiste á los partidos de pelota: los aficionados que apuestan y van con el único y exclusivo objeto de ganar dinero; y los que no apuestan y frecuentan los frontones, atraídos por las peripecias á que dan

lugar las viriles y emocionantes luchas del *sport* vascongado.

Se dice generalmente, y pasa por axioma, que si se prohibiesen las apuestas, se decretaría la clausura de todos los frontones, lo cual parece dar á entender que el

juego de pelota no tiene vida *per se*, y sólo existe *per accidens*, merced á las traviesas.

No soy de los que de tal opinión participan, sino de los que piensan precisamente todo lo contrario. Estudiemos el asunto, aunque sea superficialmente.

Ante todo me sale al paso la siguiente consideración: al que va al frontón con el solo deseo de ganarse los cuartos, debe importarle poco que el partido sea de primera ó de segunda, que los jugadores tengan gran reputación ó carezcan de ella; lo mismo que el que tiene arraigado el vicio del juego repara poco en si las cartas de la baraja tienen canto dorado ó son de la última ordinareiz.

Para el jugador empedernido, el asunto es que haya local y cartas, sea un lujoso casino ó un círculo *interlope*, y sean aquéllas brillantísimas ó *churruteras*.

Lo mismo debería suceder en el frontón, y, sin embargo, nótese que cuando se anuncia un buen partido acude mucha gente, mientras en los malos hay entradas deplorables.

¿Qué indica esto? Pues indica sencillamente que el «mucho ruido y pocas nueces» viene como anillo al dedo al grupo que apuesta dinero en el frontón, porque es el grupo que hace gritar á los corredores, que escandaliza, que mete insoportable ruido, mientras que los que no apuestan se callan, y aparecen como una masa inactiva, muerta.

Y como veinte que chillan hacen mucho mayor efecto que cuatro mil que no resuelan, de aquí el error de creer que la *cátedra* é islas adyacentes son las que imponen la ley y hacen únicamente vivir á los frontones.

No niego que ese jaleo especial que los corredores arman con su vocerío, sea la nota más característica del juego y preste á los partidos mucha animación; pero de ahí á afirmar resueltamente que sin traviesas no hay frontón posible, hay una enorme diferencia.

Quizá pueda fundarse la opinión contraria en que el negocio de empresas y pelotaris se halle en el partido diario, que representa el diario ingreso de las entradas y de la taquilla; pero si los frontones viviesen como viven, por ejemplo, las corridas de toros, y en vez del partido cotidiano se celebrasen por semana dos ó tres, bastaría que se organizasen con buenos pelotaris para asegurar una existencia próspera al *sport*.

Que en este caso no habría los rendimientos que proporciona el continuo chorreo de la taquilla, conformes; que quizá perdiera la fiesta parte de su fisonomía propia, sin el aliciente de las apuestas por medio de corredores, conformes también; pero que despojado de la parte inmoral del juego que consigo llevá, perdería *ipso facto*, eso no lo he creído nunca, y menos que nunca ahora, al ver muchas veces *cinco mil personas* asistir al frontón de Fiesta Alegre cuando se anunciaban partidos con grandes jugadores.

¿Cuántas, entre esas cinco mil personas, eran las que apostaban? Seguramente una exigua minoría, que es la que con sus combinaciones múltiples, con sus cálculos sin fin, mueve la bolsa, menea el dinero y hace el agosto de la taquilla.

Si se hiciese la prueba de suprimir las traviesas por medio de corredores, tendría, eso sí, que disminuir el número de los partidos; pero anunciándolos con buenos pelotaris, habría en ellos la misma animación, el

mismo entusiasmo, y quizá menos escándalos que los que se lamentan hoy.

Sea de ello lo que quiera, y como por darme gusto á mí no ha de cambiar de aspecto la faz de los frontones, bueno es que conste que la base del juego de pelota actual no es el asunto de las traviesas, y que, prescindiendo de ellas, podría vivir el *sport* vascongado perfectamente y sin vilipendio alguno.

Hartas tachas infamantes le echan por ahí para que desaparezca ésta, que es infundada y ataca precisamente á la misma virtualidad del pelotarismo moderno.

Vayamos ahora al público, que he dividido antes en dos grupos: el público que apuesta por medio de los corredores y va principalmente á ver si entran unos cuantos duros en el bolsillo, y el que solamente asiste al frontón atraído por la novedad y el interés que ofrecen los partidos de pelota.

Descuella en el primer grupo una fantástica colectividad llamada *cátedra*, que es la que, con un juicio anticipado de la lucha, viene á pescar incautos, ofreciendo previamente momio mayor ó menor por un bando ú otro, según tenga más ó menos confianza en la habilidad de los pelotaris.

Es un cálculo matemático que no debe fallar: Fulano, como delantero, hará esto y lo otro, y lo de más allá; Zutano no podrá contrarrestar su empuje; Mengano se defenderá muy bien, y Perengano se volverá loco y no le será posible entrar en juego.

Y sale el momio dando voces, y los *sabios* ven con mucha frecuencia que resultan todas las cosas al revés de lo que ellos habían pensado, de lo cual se originan los apuros, el volver la casaca, pretender cubrirse á toda prisa, todas las manipulaciones cuyo secreto sólo poseen los excesivamente duchos en el *arte* de apostar.

Esta es la *cátedra*, á la que tal vez por antífrasis se da ese nombre, á juzgar por las derrotas que sufre y estará siempre expuesta á sufrir.

Pero, en general, la *cátedra* se compone de gente seria y que no chilla, de aficionados inteligentes que van al frontón con la misma formalidad que les llevaría á misa, ó poco menos. Es gente acostumbrada á las emociones; cuando pierde aguanta la mecha, y cuando gana se embolsa los cuartos sin chistar.

El público levantisco, el público verdaderamente usurero, es el que toma el momio y, engolosinado con la perspectiva de ganar el doble ó más de la cantidad que ha arriesgado en el partido, se indigna y vocifera é insulta, si á mano viene, á los pelotaris porque no le hacen ganar.

La sospecha del *tongo*, como consuelo de una derrota, es común á sabios é ignorantes, pero se hace más viva y adquiere caracteres más odiosos en los que he calificado antes de *usureros*.

Éstos son los que cuando ganan por casualidad *veinte* duros, arriesgando *uno*, se callan como muertos, conceptuándolo cosa corriente y natural, y ponen el grito en el cielo y califican de *tonguista* al lucero del alba cuando les es adversa la suerte.

Lo malo es que entre la sabiduría y la ignorancia que impera en los frontones hay tal confusión, es tan difícil deslindar los campos, y de tal suerte se excitan las pasiones con la ambición de la ganancia, que no queda más recurso que envolver á todos los *apostantes*

en una masa común y hacerla responsable de los escándalos que ocurren en las canchas, teniendo siempre en cuenta que los principales responsables suelen ser los que van á los frontones como á una *timba*, y serían capaces de levantar cuantos *muertos* les viniesen á mano si tuvieran para ello ocasión.

¡Desdichados frontones, y más desdichado *sport* si debe únicamente su existencia á una parte de público donde se mezcla semejante escoria! Porque hay que confesar que la chusma que se mete entre los que apuestan —y la generalidad de éstos son personas distinguidas las más, y de muy buena posición— es capaz de mancillar con su roce al ser más immaculado.

No; los frontones tienen su vida principal en el otro público, en el que no apuesta y va á ver los partidos de pelota, como va á presenciar todo espectáculo donde el hombre luce su habilidad.

Este público apuesta también, pero sin corredores, en silencio: apuesta un almuerzo, una comida, un café, una libra de dulces, una bagatela cualquiera que le haga interesarse más.

Para ese público las reglas del juego son letra muerta; no sabe si las pelotas con que se juega son de Pamplona ó de Éibar, ni de dónde se saca, ni si el partido es equilibrado.

Juega por capricho, por simpatía personal hacia uno ú otro pelotari, sin más empeño que pasar el rato agradablemente.

Y aplaude con entusiasmo loco y silba también á veces (y hace muy bien, que los jugadores de pelota no han de ser más que la Patti y que Tamagno) cuando un pelotari se hace el remolón.

Esa gran masa de público que va á los frontones como va á la Plaza de Toros, no á jugar dinero, sino á apasionarse con las peripecias de un partido de pelota, como va al circo taurino á admirar la bravura de los toros y la destreza de los lidiadores, es la que en realidad constituye el principal sostén del pelotarismo moderno.

Este es el público que llena el frontón cuando se juega un gran partido; público tanto más digno de aten-

ción, cuanto que en él figura el bello sexo con un contingente extraordinario, como he tenido ocasión de observarlo en los llenos completos de Fiesta Alegre.

El que apuesta va casi indefectiblemente, sea bueno ó malo el partido; el que no apuesta no va sino cuando le ofrecen excelente mercancía, y no dejaría de asistir seguramente, aunque las traviesas estuviesen proscritas del frontón.

Á éste, pues, es á quien hay que defender, á quien hay que halagar, y para que no se malee, es precisamente para lo que hace falta el sistema de rigor con pelotaris y empresas que he indicado anteriormente.

Para mí, fuera de la cuestión de moda, que es siempre cosa efímera, el porvenir del juego de pelota estriba en que el público en general vea en las nobles luchas del *sport* vascongado un verdadero espectáculo de fuerza, de destreza, de agilidad; una diversión que entretenga, que apasione, que estimule; una admirable gimnasia digna de ser imitada y aplaudida, porque puede contribuir considerablemente al mejoramiento de nuestra enteca generación.

Los que van exclusivamente á apostar tienen en el frontón una fábrica de aneurismas; los que acuden allí para admirar á los jugadores, sienten las emociones que produce el entusiasmo y sacan el beneficio del esparcimiento y el solaz que proporciona una diversión honesta.

Estimo que la duda no es posible sobre la longevidad de unos y otros, por lo cual me inclino á creer que la de los frontones está más bien en apoyarse en la mayoría que no apuesta, que en la minoría que va á buscar afecciones cardíacas, de las cuales nos libre Dios.

Mi opinión es ésta. Otros sostendrán lo contrario. El tiempo, gran maestro de verdades, dará la razón á quien la tenga.

En el próximo número pondré término, si el estado de mi salud no me lo impide, á estos ligeros apuntes acerca del pelotarismo moderno.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

(Prohibida la reproducción.)

CRÓNICA SEMANAL.

Miércoles 6.

Portal y Alí (colorados), contra Muchacho y Mardura (azules).

Un partido de poca importancia. Para equilibrar las fuerzas compensando la diferencia de los delanteros, dieron á Portal, como zaguero más débil, á Alí.... y salió rana. Es decir, no salió rana, porque precisamente se demostró que Alí no lo es, y que sabe dónde le aprieta la cesta; pero resultó un partido sin interés, que se lo llevaron de calle los colorados.

Se silbó á Mardura injustamente, pues no se tuvo en cuenta, al apreciar la diferencia de su juego con el de otros días, que en aquél tenía que vérselas con Portal, que se ensañó con él en saques. Dos rachas del de

Irura colocaron el tanteo de 20 iguales en 39 por 21. Excuso decir más.

Alí, desconocido, segurísimo y pegando.

Jueves 7.

Arana y Mardura (colorados), contra Chiquito de Ondárroa y Alí (azules).

La marcha del partido fué la siguiente: 14, colorados, por 2; á 16 iguales; pequeña ventaja de los azules; á 21 iguales; 36, azules, por 25; 50, azules, por 39.

Los 12 tantos de ventaja que sacaron los vencidos al principio, debieronse á seis terribles saques de Arana, que fueron otros seis tantos, al empuje de éste y á no haber entrado en juego el Chiquito.

Todos trabajaron. Alí estar muy *farruco*.

Viernes 8.

Muchacho y Zurdo de Abando (colorados), contra Arana, Chiquito de Ondárroa y Ali (azules).

Sustituía esta combinación á la anunciada en el cartel: los colorados contra Arana y Pedrós. Y he aquí cómo al aliciente de una lucha de interés y del debut de Pedrós en este frontón, sustituyó un partido á cartas vistas y, por ende, soso.

Porque según dijo ya un revistero de la clase de doctores, haciendo veces de Perogrullo; «partido de tres contra dos, de los tres». Hay excepciones, como luego veremos, pero la regla existe.

Empezó muy bien. El entusiasmo que el público de Euskal-Jai siempre siente por su favorito el Zurdo, se traslucía en grandes ovaciones á este jugador, que, peleándose bravamente, logró competir el partido en su primer tercio.

Igualados por última vez á 17, salieron resueltamente por delante los azules. Arana tremendo en saques, prodigó los de dos paredes, que obligaban al Zurdo á entregar la pelota; cogíala cómodamente el de Ondárroa á revés-aire y la ponía en los últimos cuadros, y si Muchacho abandonaba su terreno para descansar á su compañero restando á bolea, indefectiblemente venían unas dos paredes del Chiquito, ó una cortada de Arana, á rematar el tanto. Son mucho enemigo los dos delanteros del porvenir para un jugador como Muchacho.

Quedaron los colorados en 39.

Allí, el converso, hecho un cristiano viejo. ¡Qué seguridad, qué frescura.... y qué látigo!

Día 9.

Portal y Chiquito de Abando (colorados), contra Gamborena y Naparrete (azules).

¡Todo júbilo es hoy *el Euskal-Jai!*

Nunca se habrá visto á la puerta del frontón de las Salesas tal abundancia de coches, ni tan alta cotización de papel en manos de los revendedores, ni tal aglomeración de gente, ni tanto ir y venir de corredores, y menos tanta ansiedad en el público platónicamente aficionado.

El dinero estaba por los colorados en proporción de 40 á 18, y las simpatías por los azules en mayor desproporción aún. El rasgo de Gamborena renunciando al medio cuadro de ventaja que se le daba en el saque, aumentaba en unos estas simpatías, mientras á muchos (entre los que nos contamos) les parecía un alarde de dudoso gusto: una *arroquería*.

El caso es que, igualados los dos bandos á 1, sacaron los del medio cuadro unos tantos de ventaja en medio de las mayores ovaciones: se aplaudía á Gamborena toda pelota que llegaba á buena: *se le aplaudían las faltas de sus contrarios*: excuso decir lo que sucedería en las jugadas de merito.

Igualáronse á 8; ganaron 2 ó 3 tantos los invencibles, diferencia que fueron poco á poco aumentando; desanimáronse los gamborenistas, y en medio del mayor silencio concluyó el partido, quedando los del medio cuadro en 31.

Como se ve, la lucha fué poco competida, aunque hubo tantos magníficos, como el 28 colorado, que des-

pués de un soberbio peloteo entre los cuatro jugadores, remató el Chiquito de una larga al rebote.

Gamborena empezó hecho un león; le ayudaba mucho la poca viveza de las pelotas, y entrando de bolea y á bote pronto contra Portal, descansando á su compañero con restar al Chiquito á revés-aire, metiendo cortadas al rincón, que obligaban á Portal á forzarse para restarlas, á revés enviando al Chiquito, cuando podía, á los últimos cuadros, mereció en toda justicia muchos de los aplausos que se le tributaron. Luego decayó mucho.

Naparrete procuró defenderse y se defendió, pero estuvo completamente dominado; perdió casi todas las de rebote de atrás que intentó devolver, cosa inusitada en él. En cambio, su compañero devolvió dos que, aunque dieron bajo el escás de la falta, valieron muchísimo.

Portal, á la altura de su nombre como elemento integrante de la pareja invencible. Formidable en saques, segurísimo, cubriendo mucha plaza y entrando á todo lo que había que entrar; *cuidó* admirablemente al Chiquito, que holgado y fresco, pudo hacer muestra de su potente brazo. Hay que confesar que quien ganó el partido fué Portal.

Así es que, salvo mejor parecer, no tenga inconveniente Gamborena en tomar todas las ventajas que se le ofrezcan cuando vuelva á jugar contra los invencibles.

Día 10.

Barriola, Chiquito de Ondárroa y Ali (colorados), contra Elicegui y Chiquito de Abando (azules).

Una indisposición de Naparrete fué causa de que se jugase este partido en vez del anunciado, que era entre Barriola y el indispuesto, contra Elicegui y Zurdo de Abando.

Ganaron los dos. (No hay regla sin excepción.) Y ganaron los dos á pesar de no estar el de Abando más que regularcillo.

Como por causas independientes de nuestra voluntad no vimos más que el final del partido, no hacemos una reseña detenida de él, y sólo diremos que los colorados quedaron en 40 tantos, y que, según noticias, Allí estuvo admirable. Decididamente Allí debe cambiar su nombre por otro cristiano y plantarse los entorchados. ¡Otros los llevan con menos méritos!

Día 11.

Elicegui y Mardura llegaron á los 37 tantos, gracias á los esfuerzos supremos del de Rentería. Muchacho y Allí ganaron el partido con bastante facilidad. Allí, soberbio; Elicegui, muy bien; Muchacho, bien, y Mardura, mal.

Día 12.

Después de titánica lucha entre el Chiquito de Abando y Gamborena, contra Portal y Naparra, alcanzaron aquéllos la victoria, dejando á éstos en 40.

Muchos y variados lances ofreció el partido; hubo jugadas notables por parte de ambos bandos, y todos los jugadores lucharon con verdadero empeño.

Portal, admirable; aunque algunos digan que no. ¿Es lo mismo jugar contra el Chiquito que contra Naparra?

El Chiquito hecho un jugadorazo.

Gamborena cubriendo bien su puesto, y ganando algunos tantos de mérito.

Naparra, bien; compitió con el Chiquito y basta.

BETIGOSE.

PELOTAZOS Y CHICHONES.

Ya sabían ustedes que nos había salido un doctor *in re pelotística*, que firmaba en *El Imparcial* con el nombre de *Joshemary*.

Y que ese crítico andaba por ahí entre los periódicos madrileños (que, salvo raras excepciones, entienden tanto de pelota como yo de escardar cebollinos), considerado como autoridad indiscutible. Claro, ¡escribiendo en *El Imparcial!*..... doctor había de ser y aun papa (con *p* grande ó pequeña).

Pero lo que no sospecharán los conspicuos lectores, es que, aquí, en EL PELOTARI, no escribimos una línea sin acordarnos del doctor, licenciado, bachiller ó lo que sea.

Porque esto tiene remuchísima gracia. No podemos dar una noticia sin que sea ratificación ó rectificación de *Joshemary*.

Prueba al canto.

De *El Imparcial* del 8:

«Dos noticias de un periódico de ayer, 7 (¿por qué no lo cita usted, hombre, como hacemos nosotros con su periódico antivascogado?.....) para desmentir á *Joshemary*.»

¿Lo ven ustedes? Sólo por el gusto de desmentir á *Joshemary* dábamos la noticia. Él, por supuesto, se lo caló en seguida. Para eso es doctor, ó lo que sea. Con esa potencia informadora tan grande que tiene el periódico de la calle de Mesonero..... (y de los mamarrachos en colores), vino, nos levantó la tapa de los sesos (no asustarse, señores), vió lo que pensábamos al escribir la noticia, y sin encomendarse á Dios ni al diablo (por lo menos, á Dios no), escribió lo que hemos transcrito más arriba.

No, Sr. *Joshemary*; cónstele á usted que ni poco ni mucho le recordábamos en aquel momento; y cónstele también que el tomarse esa importancia, donde no se la dan, resulta un poco..... inocente.

* *

Veamos ahora de quién es la noticia falsa.

Decíamos nosotros:

«No es cierto que el pelotari Beloqui haya salido para Barcelona.

»El maestro no ha pensado semejante cosa.»

Y comenta *Joshemary*.

«Habrá ido sin pensarlo; pero allí está.

»En el frontón Barcelonés.»

Puede que esté allí; pero lo cierto es que el 6 de Diciembre, día en que nosotros escribimos la noticia, *no pensaba en irse*.

Al menos así nos lo manifestó á nosotros el mismo interesado, y el Intendente de Euskal-Jai.

Y, efectivamente, no se fué, á pesar de haberlo anunciado *La Correspondencia*, que fué donde nosotros leímos la noticia.

Porque *El Imparcial* rara vez lo leemos.

Á fuer de vascongados puros y amantes de nuestro país y de sus fueros.

* *

Otra noticia nuestra:

«Según nuestras noticias, no se volverán á abrir las canchas de Barcelona y Valencia hasta la primavera.»

Comentario de *Joshemary*:

«La de Barcelona no.

»Porque no se cierra más que de noche. De día *continúa* abierta. (Hombre, ¿cómo ha de *continuar* abierta de día si de noche está cerrada?)

»Allí están Beloqui, Irún, Francés, Salsamendi, Mondragón, Ochandiano y una porción de novilleros guipuzcoanos.

»Por ahora.

»Volverán aquéllos ó no volverán. Pero irán también otros.»

¡Olé por la gracia y por la gramática.

De ésta prescindiremos, porque en algo se le había de conocer á *Joshemary* que es vascongado.

Pero lo que es la gracia del chiste, esa sí tenemos que celebrarla. Sentados y á la inglesa.

Y después de celebrada como se merece, diremos sólo dos palabras á *Joshemary*.

Los empresarios del frontón Barcelonés han estado á punto de cerrarlo, porque, á causa de ser éste uno de los puntos amenazados por los anarquistas, la concurrencia era escasísima.

Éstas eran nuestras noticias, adquiridas en muy buena fuente; casi en el manantial.

Conque, amigo *Joshemary*, no hay que pasarse de listo creyendo á los demás de capirote.

Et surtout point de zèle.

Por aquello de que

Quinquier que su tejado
Tenga de vidrio,
No deberá echar piedras
Al del vecino.

* *

Para evitar toda clase de suspicacias de mal gusto sobre la decisión del jurado en el último certamen abierto por EL PELOTARI, tenemos el gusto de poner en conocimiento de nuestros lectores que el agraciado con el primer premio, que firmaba *Baltasar*, es el conocido revistero bilbaíno *D. Teodoro Basozabal*, persona de todos conocida y apreciada, como competente en su oficio, en la capital de Vizcaya.

Reiterámosle desde aquí nuestra más afectuosa enhorabuena.

* *

Sigue la racha de anónimos. Y nosotros seguimos riéndonos de los tontos que se gastan el dinero de tan sosa manera.

Hoy viene uno diciéndonos que no le hacen falta 5 duros..... (¡Hombre, mucho decir es!); pero en fin..... que se los debíamos haber regalado.

El mismo gracioso puede indicar que si hubiésemos abierto otro certamen sobre el *tongo*, también se llevaría el primer premio.

A confesión de parte..... Pero estamos por abrir uno sobre «el Tonguista»..... por tener el gusto de que nos envíe su retrato ese guapo chico..... Porque, al menos á juzgar por la carta, él debe ser muy gracioso, y muy admirable, y muy curioso, porque su carta está llena de chascarrillos, admiraciones y preguntas.

El niño se debe llamar Gedeón Astete.

* *

Señor Director general de Comunicaciones:

¿Por qué no se reciben los paquetes de EL PELOTARI en Oviedo, Logroño, Sevilla y otros puntos de la Península?

¿Por qué no recibimos la última carta de nuestro corresponsal en Barcelona, cuando nos consta que de allí se envió?

¿Por qué un apreciable suscriptor de Apatamonasterio (Vizcaya) no ha recibido más que un número en todo el mes de Noviembre?

Esperamos sentados la contestación de V. E.

* *

Mi amigo Guillén Lacasa
perdió en el frontón un ojo,
de resultas de una rasa
que le mandó el bando rojo.

Y desde entonces Guillén
á todos cuenta lo mismo,
es decir: que no *ve* bien
eso del pelotarismo.

EEKK.

* *

Hemos recibido una carta que su autor, como caballero, ha tenido el buen acuerdo de firmar, en la que á vuelta de muchos elogios á nuestro periódico (que en el alma agradecemos), se nos hace un cargo.

Y como á quien merece nunca dejamos de contestar como Dios manda, diremos á nuestro amigo, que en las revistas de EL PELOTARI no hay animadversión á Irún ni á ningún pelotari.

El mismo comunicante nos da la razón al decir: «.....á todos los que jugaron alaban ustedes mucho, mientras que de Irún sólo dicen que *estuvo como en sus mejores tiempos*.....»

¿Qué mayor elogio puede apetecer Juan José?

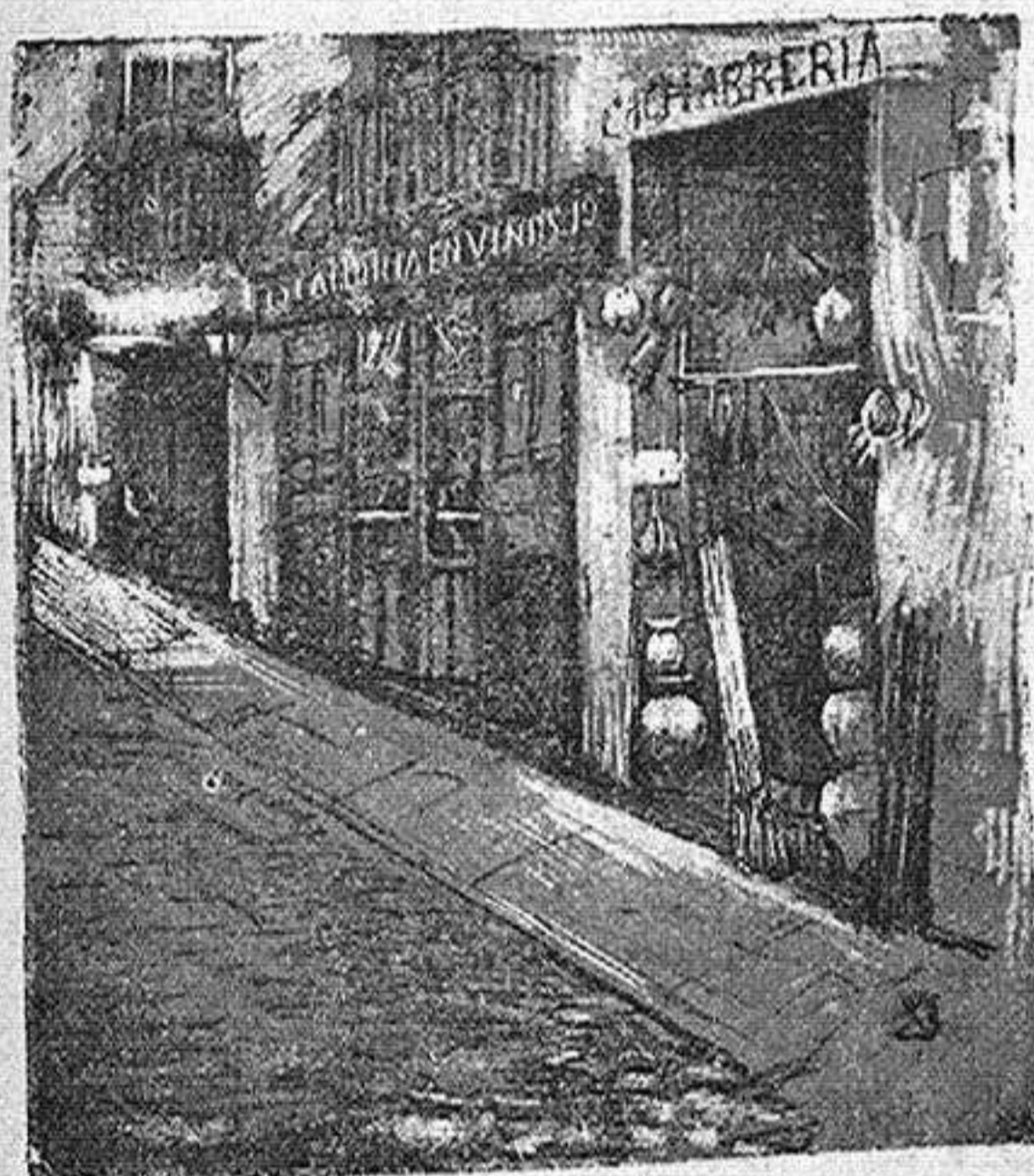
* *

Son muchos los periódicos de provincias que copian artículos de EL PELOTARI sin decir su procedencia: sin ir más lejos, un apreciable colega de Barcelona en su número del 7 del corriente copia casi textualmente de nuestra Revista la crónica de los partidos.

¡Hagan siquiera el favor de nombrar el original!

PEPE SATARRA.

MADRID PELOTARI (SO PRETEXTO DEL).



Como guarecido al amparo del inmenso armazón del Viaducto, bajando por la calle de Segovia, á la derecha, entre una cacharrería y un oscuro portal donde *se confecta toda clase de calzado*, se abre el establecimiento de bebidas, vulgo taberna, titulado «La gloria en vinos».

Entrando de la calle, al principio no se ve nada. Luego, cuando la vista va acostumbrándose á la penumbra que allí reina, se vislumbra á la derecha el mostrador recubierto de latón y repleto de vasos y copas; detrás un armario con los cristales rotos, dentro del cual las botellas, los pancillos y las latas de sardinas se confunden en una igualdad de clases verdaderamente admirable; á la izquierda algunas mesas y sillas; colgando de una cuerda, en medio de la estancia, un quinqué con el tubo roto, y en las paredes una *Lidia* en que el arrojado diestro Chicorro da el salto de la garrocha; un calendario sin taco y varios anuncios de «La Corona», fábrica de bebidas gaseosas.

El dueño del establecimiento llámase el señor Manuel, hombre muy apreciado en el barrio, en donde pasa por persona rica; últimamente se ha dado con furor al juego de la pelota, en lo que de azar tiene, y en Fiesta Alegre le podéis ver descollando por su hercúlea estatura y colosal barriga, decentemente vestido, rasurado por completo, el ancho sombrero sobre la nuca, vociferando, manejando billetes de Banco, dando y tomando el momio. Pues el señor Manuel es inventor de un sistema de apuestas combinadas para ganar una cierta cantidad infaliblemente, arriesgando otra re-

lativamente grande. Muchas veces me lo ha explicado, pero no lo he podido entender.

Simpático para todos el tabernero, lo era sobre toda ponderación para el señor Hermógenes, dueño de la cacharrería inmediata. Vestía indefectiblemente pantalón remendado, camisa sucia de color, faja hasta mitad del pecho y encima chaleco de Bayona en lugar de la común americana. La fisonomía del compadre es un conjunto de arrugas cercado de mechones grises; gris también el bigote, que al terminar pierde su forma, confundiendo con la barba, á medio afeitar siempre. Sus ojos son de animadísima expresión; ojos de joven. El señor Hermógenes es alegre por naturaleza; todo le parece bien y de todo se ríe. Su sueño dorado sería llegar á comprender el sistema de su compadre para jugar en los partidos, y no pasan dos días sin que el tabernero lo explique detenidamente y el cacharrero no lo entienda. ¡Dios me libre de meterme á averiguar si la culpa está en el *catedrático* ó en el discípulo!

El señor *Utaquio*, el carbonero de enfrente, es un hombre en el cual se nota una completa ausencia de colores: pura negrura de los pies á la cabeza. Es alto, su conjunto infunde respeto, y aterra oírle decir con su vozarrón de bajo profundo:—«¡Ladrones, *méndigos*, todos ellos!»—refiriéndose á los pelotaris. Porque el señor *Utaquio* cree firmemente, tan firmemente como yo creo en el Chiquito de Abando, que todos los pelotaris son unos ladrones y el moderno *sport* un robo legal. ¡Ah, si él fuera Aguilera, qué bien lo arreglaría! Para el señor *Utaquio* el poder legislador y el ejecutivo, y todos los poderes, residen en Aguilera, y lo mismo invoca al popular Gobernador cuando los chiquillos le molestan, que cuando van mal nuestros asuntos en el Riff.

El *dandy* de la taberna es *El Rubio*, dueño de la barbería del núm. 12, siempre divinamente afeitado y peinado, siempre con la cabeza descubierta para lucir la raya, siempre con camisa de pintas magníficamente planchada, corbata de vivos rojos y alfiler de dos pesetas, enorme cadena de reloj y botas charoladas y brillantes como un espejo.

El Rubio aprendió el oficio en la Puerta del Sol, y de allí ha llevado á la calle de Segovia el buen decir y algunos términos raros que son la desesperación del señor *Utaquio*;

pues nuestro digno carbonero no puede oír tranquilo que «Muchacho posee una agilidad extremada», ni que «Portal es un coloso, un titán de primer orden». Es casi seguro que si el señor *Utaquio* apareciera una mañana convertido en Aguilera, su primera providencia sería meter en la cárcel á *El Rubio* hasta que «hablara claro y como el demás de las personas», con harto sentimiento del señor Hermógenes, á quien hacen mucha gracia (no lo puede remediar) las atildadas frases del elegante barbero.

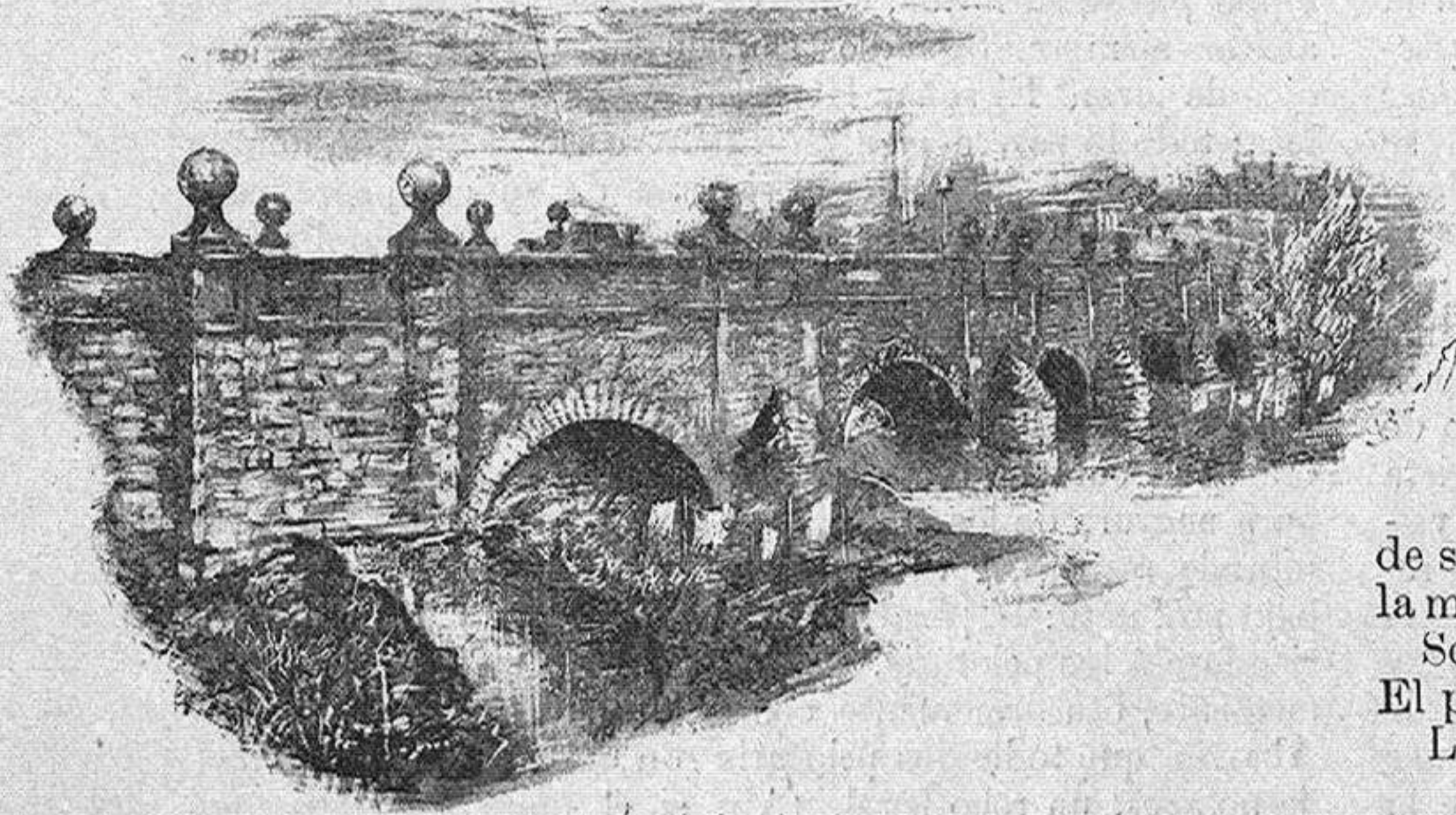
Por la taberna aparecen de cuando en cuando, Nicasio el mozo de cuerda, sordo como una tapia, causa de que *meta la pata* muy á menudo, y cuando se trata de Irún, salga con Sagasta, y cuando de Sagasta, con Irún. López el 215, guardia de Orden Público, alto, con bigote y perilla blancos, figura casi cervantesca, desmiente el tipo de los municipales que dicen *Gamazú* y *públicu*; no haría mal papel en escena representando un alcalde de aquellos que antes de juzgar ahorcaban (siempre que lo representara bien, por supuesto). Es beloquista furibundo.

Pues bueno, lector querido, reúne todos los días de una á dos y de siete á ocho á estos tipos, alrededor de una mesa ó el mostrador, dales un vaso de vino á cada uno, y hazlos que se expresen según sus ideas y opiniones sobre el noble y viril juego, sin reparar en ofender al vecino ni llamarlo *so bestia*, *so rifeño* y otros *sos* por el estilo, y dime, ¿qué idea se habrá formado la señá Tomasa del moderno *sport*?

Porque la señá Tomasa fué nada menos que la suegra del señor Manuel, y desde que se murió su hija se está junto á la puerta cosiendo un montón de ropas viejas que en gran cesto tiene delante.

De dos á tres, disuélvese la reunión, y el señor Manuel se quita el gorro que en la taberna usa, cambia de americana, y échase á la calle, al frontón, á apostar unos duros.

La tienda se queda al cuidado del *Lorito*, muchacho de quince años, dependiente del señor Manuel, apodado el *Lorito* por lo enorme y afilado de su nariz, que asemeja pico de fantástica ave. La señá Tomasa á la puerta con su cesto de trapos viejos; arriba el viaducto, destacándose sus rectos contornos en el azul cielo; abajo un trozo desplomado, mitad calle mitad carretera, donde las comadres se peinan al sol, cosen y murmuran en corrillos; las castañeras acurrucadas delante de sus puestos; más allá el puente de Segovia con

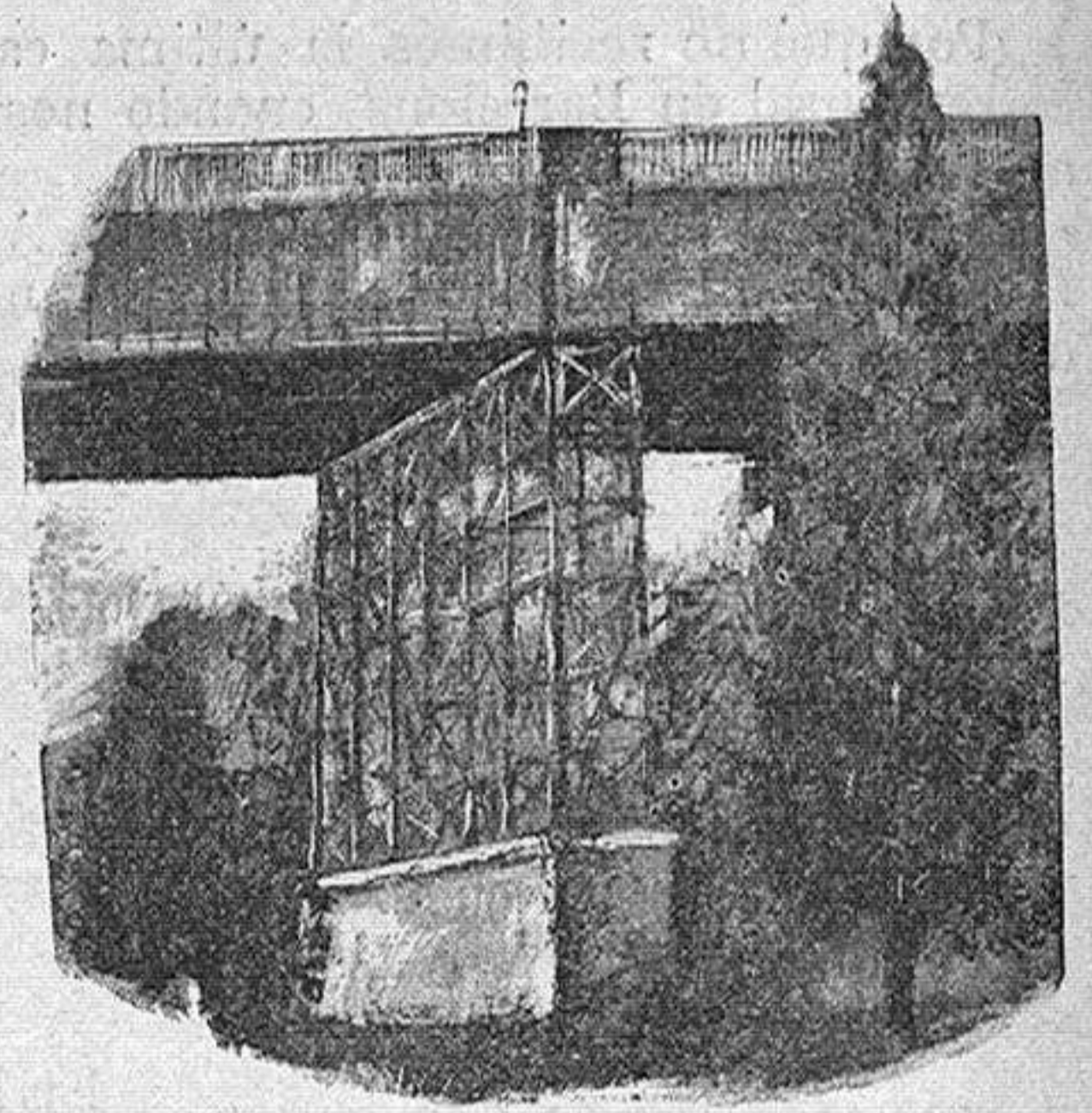


sus dos filas de bolas de piedra, y por debajo el Manzanares, el aprendiz de río, y más allá la carretera de Extremadura, algún carromato que recuerda las antiguas diligencias y los viajes de quince días; una fila de caballerías caminando con tardo paso, y el conductor durmiendo á pierna suelta sobre el carro; algún peón caminero picando piedra; las últimas covachuelas construidas con tablas viejas, que se sostienen por un milagro de equilibrio, y por fin, la ondulante llanura.

Dos ciegos suben la calle dando acompasados golpes en las losas de la acera con sus bastones, detiéndose delante de «La gloria en vinos»; preparan su bandurria y guitarra, fijan en el espacio sus horribles ojos sin vista, y rompen á tocar *El Dúo de la Africana*.

Suena allá por la derecha lejano son de cornetas; son los quintos que hacen el ejercicio. La señá Tomasa levanta sus ojos de la labor y los fija en el espacio....

Empieza á anoecer. El sol se hunde á lo lejos; el viaducto se ennegrece, destacándose más claramente su mole.... Unos chiquillos que salen gritando de un colegio situado más arriba («Colegio Ibérico»), pasan corriendo delante de la señá Tomasa; unos se detienen á jugar junto á una fuente, cuyo ruido y las risas de ellos turban el silencio del crepúsculo; otros, que encontraron una lata de petróleo en un desmonte, recorren la calle en correcta formación y á lata batiente.



Empiezan á brillar algunas luces; las de un taller de plancha que hay enfrente, las de los mostradores que arrojan prismas de claridad sobre las aceras, las de las dos filas de faroles del puente y la carretera y las del viaducto.

Y á poco penetra el señor Manuel en la tienda, vístese el traje de casa, enciende el quinqué, y ya tenemos al señor Hermógenes á la puerta, y al señor *Utaquio* luego, y al *Rubio* después.

—¿Qué tal, compadre?

—Portal muy bien, pero el Chiquito se achantó porque los otros hicieron cinco seguidos....

—¡Maldita sea!.... ¡Si yo fuera Aguilera!

Y la señá Tomasa calla y oye. ¿Qué idea tendrá del juego de pelota?

Yo no he querido preguntárselo. Ella, que ha presenciado el triste final de muchos dramas en el viaducto, no sabe dónde se han desarrollado sus primeros actos. ¡Que nunca tenga ocasión de maldecir á los frontones!....

Conque, lector, ya sabes: debajo del viaducto, bajando la calle de Segovia, á la derecha, entre una charrería y un oscuro portal donde «se cofeciona toda clase de calzado».

J. SÁNCHEZ Y SÁNCHEZ.

NUEVO CERTAMEN.

Constará de tres premios: el primero de 15 pesetas, el segundo de 5 y el tercero de un semestre de suscripción, que se concederán, respectivamente, á la mejor definición del **MOMIO**, todo lo más corta posible.

Sólo podrán optar á los premios los Sres. Suscriptores. El plazo termina en el último número de Diciembre. Las definiciones remitidas son las siguientes:

I.

Momio es aquella ventaja de dinero que se da á los partidarios del bando que, según la cátedra, tiene menos probabilidades de éxito.

S. YAÑEZ.

Santander, 11 de Diciembre 1893.

II.

Los catedráticos proponen y los pelotaris disponen. De aquí que muchas veces se quedan aquéllos con un palmo de narices; y ganan los momistas, ó sean los que con menos postura levantan otra mayor.

D. L. VARGAS.

Dirección y Administración de EL PELOTARI: Plaza de la Independencia, 8, 3.º derecha, de nueve á diez y de una á dos.

EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»